

Soto voce

Raúl Hernández Garrido

Metro Informa: Itinerarios

(Misterioso.)

Dos ojos enceguecidos chocan contra la roca negra.

Mientras tú duermes.

La oruga monstruosa se retuerce en el vientre de la ciudad.

Abre su boca gigantesca, mueve sus dientes de metal, machaca la tierra, insensible al dolor.

Traza nuevos caminos en la piedra. Orada miles de kilómetros de nuevos túneles, agujerea el cuerpo de roca de la ciudad. Cierra los ojos blancos y descansa.

De su sueño de muerte, nacen los amaneceres de la ciudad.

Ciudad un inmenso vacío sosteniéndose sobre la nada. Metrópolis de cristal acero titanio y hormigón. Celdas transparentes extendiéndose en todas direcciones. Interior hueco, completamente agujereado: cañerías, alcantarillas, tubos llenos de cables, túneles, vías de tren de larga distancia, de alta velocidad, de cercanías. Metro, viaductos, canalizaciones. Conductos de agua pura y aguas fecales. Gaseoductos. Oleoductos. Aparcamientos, almacenes, depósitos secretos. Ríos subterráneos. Mares bajo tierra.

Operarios del submundo. Obreros de las entrañas de la ciudad. Aunque se crean hijos de la superficie, seres sin sol.

Viajeros del submundo. Seres que se hunden bajo tierra en 2 3 4 periplos rutinarios al día. Movimientos incesantes. De afuera hacia adentro. Hacia el interior. Hacia abajo. No siempre hace más calor cuanto más se desciende.

Unos y otros miles de almas penetran cientos de pozos y transitan por el interior de túneles y galerías que se atraviesan entre sí. Miles de vidas que se cruzan una y otra vez sin apenas tocarse, ignorándose.

¿Quién más se mueve junto a viajeros y operarios, sin que nadie lo advierta?

¿Hay alguien más bajo tierra a los que tú no ves?

Seres nacidos del cuerpo blanco y la sangre fría del monstruo.

(Ampuloso.)

12 líneas 293 estaciones 74 trasbordos flotas enteras de trenes cientos de kilómetros de vías infinitos trayectos posibles.

Conexión con redes de trenes de cercanía, trenes interurbanos, carreteras, aparcamientos, centros comerciales, grandes superficies y zonas de ocio.

Interconexión con todo el estado. Con Europa. Con América: Hispanoamérica y los Estados Unidos de América, U. S. A. Con todos los continentes. Incluso, con las Comunidades Históricas.

Intercambiadores que conectan cualquier forma de transporte posible. Autobuses interurbanos, autobuses de largo recorrido, trenes de cercanías, trenes interprovinciales, metro, automóviles. Por alejado que esté su centro de residencia, en sus desplazamientos hasta su lugar de trabajo, allá donde esté, este Gobierno se compromete a que la suela de sus zapatos no llegue a rozar el asfalto.

La red de transporte público es un ejemplo del buen hacer del Gobierno Regional.

La realidad del progreso.

Un proyecto de transporte global, para un nuevo milenio.

Vías rápidas para el transporte diario. Trenes inteligentes de última generación, confort y futuro. Con sistemas de control capaces de neutralizar cualquier fallo, *siempre humano, por supuesto*. Avances y mayor seguridad para el usuario. Dos centímetros más de ancho en cada asiento. Su comodidad lo agradecerá. Ocho centímetros más de ancho en los pasillos. No más estrecheces. Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación. Nuevas tecnologías para que nuestra ciudad circule a la velocidad de las grandes ciudades europeas.

Atención, habla el Excmo. Sr. Consejero de Obras Públicas:

Las Nuevas Tecnologías sin duda son beneficiosas para la vida del ciudadano moderno. Tenemos que considerar que todo lo que sea inteligencia para los transportes es válido, como lo es para la medicina o para cualquier otra área humana.

Una nueva Central de Mando que ha automatizado la totalidad de los procesos para incrementar la seguridad y conseguir erradicar los retrasos que pudiera haber en cada trayecto. Una central completamente informatizada desde la que es posible ante cualquier situación peligrosa prevenirla e interceptarla a tiempo. Una nueva Central que controla y dirige todos los trenes. Que no descansa día y noche en la custodia de andenes, pasillos, accesos.

CIAC. Transparencia absoluta de la información. Centro Interactivo de Atención al Cliente. A su entero servicio, con sola una llamada accesible a sus preguntas, a sus deseos. Desde ella, Metro ofrece toda la información sobre su red: tarifas, horarios, trayectos recomendados, servicios complementarios, combinación con otros transportes y cómo desplazarse a cualquier punto de interés de la ciudad: lugares de ocio, de cultura, organismos y centros oficiales, etc. Y también a través de Internet:

http://www.cogobierno_regional.org/consejeria-transportes/transporte_publico/redmetro/metroinforma.asp

Si necesita algún tipo de información o ayuda, o bien desea hacernos llegar alguna reclamación o sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en esta accesible página desde los botones situados en la banda de color celeste o pulsando directamente en el texto de la parte inferior de la pantalla.

Atención, habla el Excmo. Sr. Consejero de Obras Públicas:

La información que recibe ahora cualquier ciudadano es mucho mayor. Las posibilidades de saber lo que quiere hacer en cuanto a transportes se refiere son mucho mayores. Son enormes las ventajas. Si sabemos utilizarlas los responsables desde la administración y los ciudadanos en su día a día, yo creo que tenemos unas posibilidades de mejorar la calidad de vida enormes.

En el Metro, en los pasillos, en las estaciones, en los trenes, miles de cámaras vigilantes, sensores de movimiento, calor y temperatura, alarmas siempre activas para que ningún percance tenga lugar. Los andenes recogiendo y expulsando gente continuamente. Del andén al vagón, del vagón a los pasillos. De los pasillos a los andenes. De los andenes dentro de los vagones, hacia los túneles.

Para que usted viva seguro. Para que usted sea feliz.

Trabajamos para su seguridad. Para que nuestra ciudad esté en el grupo de cabeza de las ciudades del mundo moderno.

Más y mejor.

Seguro, feliz.

Más, mejor.
Sea feliz.
Metro vuela...

(Un gesto obsceno.)

entre los pies moviéndose con rapidez otros Ojos vivimos bajo tierra
Oruga gigantesca de su carne blanca De su sangre negra nacemos la Estirpe de los que vivimos
bajo tierra
los Ojos que vigilan Mudos
una Legión a la que no tú ves
salimos de nuestros escondrijos. Nunca te figurarás cuáles son. Nunca nos verás venir de ningún
sitio. Simplemente, aparecemos
nos movemos por donde tú te mueves
nos movemos por donde tú pero no nos ves
hasta que un día nos Encuentres.

Tiempo primero
Gran Mercado
8:15 de la mañana

(Benito, alias Barrugán.)

(52 años. Un abrigo grande y viejo. Una bolsa de plástico en la mano.)

(Se pone la bolsa de plástico sobre la cabeza, un tocado infantil.)

Meine susses Fischechen.

Fisch

pescado y un poco de fruta
con eso bastará
Bigotes
seguro que a ti también te gustaría
pero es para *Meine Mutter*
lo mejor para *Mutter*
por eso vengo al mercado a primera hora
antes de que se despierte
cuando vuelvo a casa me meto en la cocina
ella me escucha y tose
come y luego nada
como si fuera un animalillo, como tú, o mucho menos que tú
ella me cuidó y ahora yo la cuido
pescado y un poco de fruta

Meine susses Fischechen.

Ella me llamaba *Meine susses Fischechen*.
«*Mi dulce pescadito*»- eso me decía.

Pero no me dejaba llamarla *Mutter*. Ni *Mutty*, ni *Mütterchen*. Lo único que pude aprender de su lengua, y no me permite utilizarlo.

Mutter.

Mütterchen.

Silvia tampoco dejaba que la llamara *Mi amor* prefería que le mordisqueara la punta de los dedos.

Villacastín en cambio quería que le llamara *Amigo*

pero yo era incapaz siquiera de llamarle por su nombre. ¿Cómo se llamaba? Veamos...

Me duele la muñeca, aunque ya no sangra.

¿Cuál era el nombre de pila de Villacastín? La próxima vez que lo mate se lo preguntaré.

Yo soy Benito.

Bigotes es Bigotes.

Y tampoco hay problemas ningún problema contigo, mi amigo. Mi amigo del alma, mi verdadero amigo. Mi único amigo. Siempre te encuentro cuando más te necesito. Siempre que quiero saber algo importante. Tú y yo sabemos lo que es importante y lo que no lo es. ¿Ayer sacaron por fin a Ronaldo? Es extraño que desde que el Carioca de Oro juega Roberto Carlos ya no es el que era. Es cuestión de gustos. Genialidad frente a eficacia. El equipo ante todo, pero también después de Pelé el Crack es el Rey, no hay ninguna duda. ¿Cómo que quién soy yo? ¿Y tú eres amigo mío? Soy Benito, coño, Benito. Barrugán, así me llamaban, pero no me llames así. No me gusta. Tampoco me gusta que me llamen *Meine susses Fischechen*.

Benito, como siempre me has llamado. B-E-N-I-T-O.

De Bigotes sí que te acuerdas, ¿no?

¿Tampoco te acuerdas de las tardes del fútbol?

(Barrugán canta el himno clásico del Madrid.)

Hala Madrid, Hala Madrid...

Nunca hubo un equipo como el Madrid. No es un equipo español: es el equipo universal, la selección de selecciones. Si la Humanidad desapareciera de la tierra, si sólo se conservara las camisetas de los jugadores del Madrid, sería posible recrear genéticamente, sólo extrayendo el ADN del sudor impregnado en su tela, el mejor fútbol de la historia. ¿No te lo imaginas, todos esos héroes del balompié sobre una Tierra moribunda? ¿No recuerdas, esas noches en que nos reuníamos para enumerar las alineaciones de las últimas Copas de Europa?

Nueve Copas Nueve.

15 de mayo de 2002

Glasgow, estadio Hampden Park

Bayer Leverkusen 1 - Real Madrid 2

goles de Raúl y Zidane

Novena Copa de Europa.

1902-2002

Centenario del Campeón

Un Madrid para la Historia:

Iker Casillas Fernández
Míchel Salgado Fernández
Roberto Carlos Da Silva
Fernando Ruiz Hierro
Zinedine Zidane

Iván Helguera Bujía
Raúl González Blanco
Steve McManaman
Fernando Morientes Sánchez
Luis Filipe Madeira Caeiro Figo
Ronaldo Luiz Nazario de Lima
Jorge López Marco Tote
César Sánchez Domínguez
Jose María Gutiérrez Hernández Guti
Raúl Bravo Sanfelix
Flavio Conceição
Oscar Miñambres Pascual
Javier García Portillo
Esteban Matías Cambiasso Delau
Albert Celades López
Santiago Hernán Solari
Francisco Pavón Barahona
Claude Makelele
Carlos Sánchez García
Rubén González Rocha
Borja Fernández Fernández
Valmiro Lopes Rocha Valdo

Y esta tarde lo demostraremos aplastando una vez más a los catalinos.

Hala Madrid, Hala Madrid, Hala Madrid...

Mi turno ya.

24,90 el kilo.

¿Tanto cuesta? Pues sí que ha subido...

24,90 el kilo. Pero menudo besuguito. Es bueno. Muy bueno. Se nota la diferencia. Por 24,90. Si es para ella, claro, entonces vale. Yo me conformo con menos, con mucho menos. Pero no es para mí. Ni siquiera lo probaré. Es para *Mütterchen*.

BESUGO A LA ESPAÑOLA

Se limpia el besugo y se le hace una incisión en el lomo, donde se introducen unas rodajas de limón y un poco de sal. Se embadurna con dos cucharadas de aceite y se empana con pan rallado mezclado de perejil y ajo picado. Se coloca en la besuguera, se rocía con dos cucharadas de aceite y el vino blanco y se mete en el horno, que debe estar bien caliente, durante un cuarto de hora, hasta que quede el pan bien dorado. Se sirve en una fuente, decorando el borde con medias rodajas de limón.

24,90 el kilo. Buena pieza. La más fresca. Si se madruga lo suficiente, a primera hora, todo fresco. Luego, empiezan a sacar restos y recortes. Segundas y terceras clases. Y cosas peores

todavía.

¿Mucho peso para un besugo? No lo parta. Si es grande, es cuestión mía. Yo pago, es cuestión mía. Y no se preocupe, que no se va a desperdiciar. Naturalmente que algo así no se puede congelar. Con la pinta que tiene... Lo prepararé para comer, para cenar, y dará también para mañana...

Ella se merece lo mejor. Siempre se lo ha merecido. Y no volverá a faltarle. Por mucho que a mí me cueste. No es fácil conseguir estos lujos, pero una promesa es una promesa. Por éstas.

(Una pedorreta. Barrugán esconde la cara tras la bolsa.)

Discúlpeme, los gases.

Un día podría provocar un incendio. Jajajá. No es la primera vez, una gran condensación de gases. Es un experimento que probamos en la universidad, en los laboratorios de química... cuando no estaban los profesores, claro. Jajajá. Bastaba aplicar una llama. Hacíamos torneos, a ver quién conseguía una llama mayor. Prrrr. Yo vi auténticos prodigios. Es explosivo, aunque un tanto oloroso.

También era una de las habilidades de Villacastín, entre otras muchas. Pese a su aspecto impecable. Sabía hacer migas con unos y con otros. Atractivo, elegante, alumno brillante. El compañero simpático y ocurrente. Y sus llamas eran largas y claras. Un ser perfecto. Mentiroso, estafador. Siempre fue así. Su arrogancia, su petulante prepotencia. Copiando y robando trabajos, siempre, aprovechándose del esfuerzo de los demás. Ése era el brillante Villacastín. Y llegó a sacar la carrera un año antes que yo sin esforzarse lo mínimo. Embaucando a todos.

A todos les engañó. A mí, no, nunca.

Muchos años después, cuando volvió a aparecer en mi vida, seguía con sus aires condescendientes, sus artimañas y sus intrigas...

Ayer volví a encontrarme con él. Villacastín. Tú lo conoces. Seguro que también lo has visto por aquí. Tienes que avisarme si lo vuelves a ver. La próxima vez. Para tenerlo en cuenta. Para que esta vez no lo dejemos escapar.

¿Me equivoco? Perdone. Le había confundido con un amigo. Un buen amigo, un amigo muy querido. No quise ofenderlo. ¿Seguro que usted no eres tú? No volveré a insistir. De todas formas, si ese hombre, Villacastín, viene por aquí, ¿querrá decírmelo? Tome, me puede llamar a este número antes de la noche. Cuando acabe el partido si es posible, pero nunca después de que anochezca.

(Barrugán canta el himno clásico del Madrid.)

Hala Madrid, Hala Madrid...

Catalinos, os vamos a machacar.

Muerte Polacos!

Put a Barça! Put a Barça!

Rarará, rarará.

Hala Madrid, Hala Madrid, Hala Madrid...

(Una ventosidad.)

Discúlpeme, a veces me comporto como un crío.

Perdóneme. No me había dado cuenta de que había una señora. La melancolía...

Nada más, gracias. Nada más.

No me lo puedo permitir. Yo no me merezco placeres así. No tengo tanto paladar. Si me diera

un poco de lo que tira...

No me mire así, no es para mí. Es para mi amiguito Bigotes. Es gracioso, ¿verdad? Me sigue a todas partes. ¿No querría usted quedarse con él? ¿Y usted, señora? ¿Qué está embarazada? Enhorabuena. Sería un buen juguete para su hijo. ¿Malo para su embarazo? ¿Una cosa tan pequeña? Si no le haría nada ni a un ratón.

Ella sólo come pescado. Pescado. *Fisch. Fischechen.*

Y usted, ¿seguro que no quiere un gato? Sería un buen vigilante para la pescadería. Eso sí, teniendo mucho cuidado de que no se metiera en la cámara frigorífica. Usted no estará preñado, ¿verdad?

Es duro dejar una cosita como él, pero creo que le doy mala vida. No debería bajar al Metro conmigo. Hay gente extraña por allí.

Aún me duele la mano.

Si adoptara a Bigotes, aquí sería feliz. No iba a suponerle ningún gasto. Con lo que tira a la basura, tiene de sobra. Mírele, que personaje. Parece sonreír. A mi madre no le gusta. Odia a los animales. Y tampoco es bueno para *Mütterchen* que un animalillo tan travieso como éste viva a su lado. Con unos colmillos tan desarrollados.

Lo tengo que dejar en el descansillo. No, mi madre tampoco está embarazada. Sería lo que me faltara. Pero ella es... delicada. Su piel, por decirlo así, no podría aguantar sus colmillos.

Algún día los animales del bajo le van a jugar una mala trastada a mi Bigotes. Gentuza con el cráneo afeitado y pintas de... Por eso, si encontrara una buena casa para él, quedaría tan conforme.

Imposible. Ya. Sanidad. Un animal en un despacho de alimentación. Imposible, una inspección y nada se puede hacer, nada, nada, por mi buen amigo Bigotes.

(Otra ventosidad, a la que él, enfadado, no presta ya más atención.)

Pobrecito Bigotes. Ni embarazadas, ni pescaderías, ni *mein geliebte Mutter*, ni vecinos violentos. Tal vez en otra ocasión. Tendría que probar con las solteronas. Si supiera qué ha sido de las amigas de *Mutter*...

Ha pasado mucho tiempo.

Cuando ella aún podía moverse. Íbamos juntos a todas partes, antes de su enfermedad. Mucho antes de Silvia. Tenía sus amigas, y entre ellas su gran amiga Leo. Solterona. Más joven que mi madre, sí, pero bastante mayor para mí. Me pregunto qué hubiera ocurrido de haberse cumplido el plan de esas dos brujas. No, mamá, no quise llamarte bruja.

Bruja, bruja, bruja.

En esas tardes de té con pastas, en la mesa de laca china de casa de Leo, o en la mesa baja de cristal, en nuestra casa.

Alguna vez, otros días, otras amigas, otras solteronas, Felipa o Goya o Loli. Más brujas ateas. Podrían irse todas juntas al aquelarre libertario. Volarían sin escoba.

Brujas, brujas, brujas.

Era peor incluso otras veces, visita de mis tíos, y debía jugar entonces con mis primos. No me gustaban esos críos. Me rompían los juguetes y encima debía comportarme. Decían que era un niño poco sociable, pero cómo ser sociable con esa panda de monstruos. Pasó el tiempo y los primos dejaron de venir a nuestra casa. Cuánto me alegro. Delincuentes bajo búsqueda policial. Cuánto me alegro de haber sido hijo único.

En eso alabo la cuadrículada racionalidad de *Mutter*.

1 Unidad Sucesora/1 Unidad Procreadora = Máximo Aprovechamiento Educativo

Mutter y sus amigas.

Tardes de reunión de mujeres mucho mayores que yo, en las que nadie requería que yo hablara. Sólo escuchar, o ver la televisión. El tiempo pasaba tan lentamente...

Sólo escuchar, o ver la televisión. El sol se movía por el cielo, jugando a esconderse tras el horizonte. La luz disminuía y atravesábamos la penumbra, hasta finalmente convertirnos en sombras grises del atardecer.

Sólo escuchar, o ver la televisión. Y una colección inacabable de licores caseros. Qué suave modorra.

Si había partido del Madrid, tarde completa. El volumen bajo para no molestar sus elevadas discusiones. Pero no me hacían falta los comentarios. El color verde del Bernabeu.

(Bigotes se le escapa a Barrugán, que lo llama y busca con desesperación.)

Bigotes. Vuelve. Bigotes.

Mi gatito. Te voy a echar de menos. Si lo llegas a encontrar, cuídalo bien. Para mí ha sido más que un amigo.

Llévalo a casa. La mantendrá limpia de ratones. Yo iré a visitarte y le llevaré recortes de pescadito, que tanto sé que le gustan.

Señora, búsquelo y lléveselo. Si tiene niños se van a poner como locos con Bigotes.

Bigotes, adiós.

Solo, solo de la soledad.

Lo que más me importa ahora.

La comida de ella.

Lo que más me importa ahora.

Es hora de que sólo me cuide de mí mismo

Imposible olvidarte, mi amor.

es hora de no preocuparse de nada más

No, Silvia, no. Déjame de una vez y para siempre.

es hora de comenzar una nueva vida

¿Por qué, Silvia? ¿No te lo di todo?

¿Por qué?

me duele la muñeca

aunque ya no sangra

y luego comprobar que nunca más

Nunca más.

(era el rostro de Villacastín, estoy seguro, su rostro)

Silvia, dime que me equivoco.

Dime que nunca me engañaste.

Silvia...

Ese hombre...

De nuevo su risa hipócrita.

Esta vez no fallaré.

Porque te lo prometí, Silvia.

Lo que más me importa ahora.

Sólo tengo que estar atento para recuperar su rastro.

No.

No volveré a dejarme engañar.

No.

Ahora a casa. El calor pronto empezará a apretar, y eso no es bueno, se estropea el pescado. Es largo el trayecto. Tres autobuses. Nunca el Metro. Nunca.
Lo siento, mi amor. No me dejabas que te llamara Mi amor.
Nunca más el Metro.

Línea 1: El Uno

La oruga monstruosa se retuerce en el vientre de la ciudad.
De su sueño de muerte, nacen los amaneceres de la ciudad.
Tras la noche el día se encadena al día. Todos los días son comienzo de otra noche. Para algunos la noche acaba con una sola noche.
Soy el Uno antes que ningún otro.
En el andén soy invisible. El hombre no se ha dado cuenta de que estoy allí, delante de él. Me río sin ruido. El hombre acecha a otro hombre. Confunde a ese hombre con otro hombre. Un hombre, dos hombres, tres hombres. Yo me río sin ruido. Dentro de poco, sólo quedará en el andén un hombre. Un hombre y yo. Todavía no ha llegado el momento en que nuestros pasos se crucen.
Toda noche preludio de otra noche.
Yo soy el Primero. Aparezco, surgiendo de la oscuridad del Metro.
Yo lo veo todo, pero no vas a saber nada de mí.

Línea 1:

Plaza Castilla Valdeacederas Tetuán Estrecho Alvarado Cuatro Caminos Ríos Rosas Iglesia Bilbao Tribunal Gran Vía Sol Tirso de Molina Antón Martín Atocha Atocha Renfe Menéndez Pelayo Pacífico Puente de Vallecas Nueva Numancia Portazgo Alto del Arenal Miguel Hernández Sierra de Guadalupe Villa de Vallecas Congosto

Soy el Uno antes que ningún otro

El primer hombre surgiendo desde el más oscuro túnel
en el agujero inmenso del metro.

El Único, en un Metro vaciado de extraños
antes de que todo comience a moverse.

El Único en un reino de ratas

Hí-hihihí

Cada vez más parecido a ellas.

Hace más de treinta años que mis ojos no sufren la fuerza del sol
Nunca sabrás por qué.

Antes que las puertas del Metro vuelvan a abrirse, primer hombre, reapareciendo de su reposo, de mi madriguera, montaña de basura apilada. Remuevo desde dentro y del montón de basura emerge mi mano. Entre bolsas de plástico, mis dos manos, abriéndome paso. El pie. Una pierna. Una cabeza, que vuelve a hundirse entre las bolsas. Otra pierna. La cabeza, de nuevo. Abro la boca que rechina con un sonido de plástico. Abro mis ojos. Vigilo.

De un salto, emerjo. MI piel negra, curtida y afeitada

Las ratas me rodean y saludan mi renacer

Mis ojos se cruzan con sus miradas rojas y puntiagudas como alfileres

Mis pies aplastan sus vientres blandos

Respondo a su chirrido con mi chirrido

Hihihí

Hí-hihihíhi

Cada vez más parecido a ellas

Ellas me dan compañía y calor

Ellas se acercan a mí y me ofrecen sus cuerpos para que sacie mi hambre
Ellas saben escucharme
Compañeras, confidentes, amantes mías, mi alimento
Con un par de ellas basta para desayunar.
La navaja repasa mi piel y no deja ningún pelo en ella
Unto mi piel ennegrecida con grasa y mis músculos responden satisfechos flexionándose con la ligereza del plástico
Contempla mi cuerpo brillante, mi cabeza lisa y brillante.
Me pongo el uniforme. Me voy cubriendo de plástico, ajustándolos a mi piel, ciñéndoselos a mi cuerpo elástico. Una segunda piel de plástico. Con cinta adhesiva repaso todos los cierres.
Mírame. Soy el hombre. Un nuevo hombre.
Nunca sabrás quién fue el que vivió antes en mí. Tuvo que desaparecer ese desecho para que yo renaciera día a día.
El impermeable de plástico duro es mi coraza amarilla. Los pies, unas botas de plástico rojo. Mis pasos no se oyen con las suelas de goma.
Debo vigilar que todo vaya bien.
Todo desfila ante mis ojos. Gotas de colirio, y más abiertos.
Más abiertos.
El hombre vuelve a invadir mis territorios.
Parece que no va a aprender nunca.
Obsérvalo en esa pantalla. Cómo entra a hurtadillas en el Metro. Sale de la pantalla y entra en otra pantalla. Cree que nadie lo ve, pero lo vemos, lo vemos.
Un día tomaré una medida ejemplar. Algo que alegrará a mis amigas.
Sigo mi ronda de inspección. Cruzo por entre la gente, rápido como el viento, nunca se enterarán de lo cerca que estuve de ellos.
Cronometro el tiempo que tarda el tren en ir de una estación a otra. Señalo la diferencia. Mido lo que se tarda en abrir y cerrar las puertas. Cuando hay un retraso, golpeo la puerta del conductor.
En el andén compruebo cuánta gente entra y sale. Si hay alguien que se detiene y deja pasar un tren, me pongo tras él. No le digo nada. Ni siquiera le miro. Sólo espero a que deje pasar un tren más, y otro más. Entonces le susurro al oído. Nadie más escucha lo que le digo. Ni siquiera él sabe que le estoy hablando. Cuando oigo que se acerca el tren, basta un pequeño empujón para que sepa lo que debe hacer.
Odio a las embarazadas. No saben el peligro que supone para ellas viajar en Metro. No las hago nada entonces. Podría dañarse el niño. Pero tengo una gran memoria, así que espero. Tomo al niño en mis brazos y suavemente lo deposito en el suelo.
Me gusta saltar. Subo las escaleras y luego bajo rebotando, dejando que mi cuerpo gane velocidad. No me gusta encontrar entonces obstáculos. No me gusta la gente que va creando obstáculos. Tampoco esos que ensucian el suelo y las paredes. Antes la gente era más limpia. Ahora la gente se cree que el Metro es una cloaca. Deposiciones, orines, vómitos, escupitajos. Todo queda adherido a mi piel. Es muy desagradable.
En los andenes no como nada. Mi alimento son mis amigas, más tarde, en mi madriguera. En los andenes bebo coca cola. La saco de las máquinas rojas que hay en cada andén. Me gusta la coca cola. Burbujas. Con un golpe, salta la lata de la máquina. El metal está frío, congelado. No me gusta el metal. Abro la lata y vierto el líquido en mi bote de plástico. De él sale un tubo fino de plástico que llevo siempre en la boca. Me gusta cómo estallan las burbujas en mi boca, en mi nariz. Me gusta cómo se va formando la burbuja de aire en mi estómago. Eructo.
Cuando no bebo coca cola masco chicle. Chicle negro sin azúcar sabor a regaliz. A veces, masco goma pura. A veces masco chicle o goma mientras bebo coca cola. La goma se ablanda con la

coca cola. Las burbujas se meten por entre la goma. Muerdo y todo crepita en mi boca. Mascar es un buen ejercicio para la mandíbula. Con el movimiento mis oídos se abren y pienso mejor. Me gusta escupir la goma al suelo y pisarla. Me gusta quedarme pegado al suelo. Y luego dejarme vencer por el peso y tomar carrerilla. Y sentir que la goma se va estirando, entre mi pie y el suelo, hasta romperse en el aire.

Camino por la línea 1 desde el amanecer hasta la madrugada. Vigilo, y tú no te das cuenta. El Metro cambia con las horas. Pero en todas estoy y yo presente. Tú no me ves. Sólo te das cuenta de mí cuando nos quedamos tú y yo solos en el vagón.

El último Metro va a salir. Cierro con él todos los andenes. A esta hora va recogiendo a los despistados y a los que les pesa la vida. Yo quisiera ayudarlos, aliviarlos. No sé por qué me tienen miedo.

Mis pasos son silenciosos. Mis pies rebotan en el asfalto liso.

El hombre elige a otro hombre en el andén. Yo río sin hacer ruido. Otra vez se equivocará y sus pasos furtivos resonarán por los pasillos vacíos. Hasta que un día me parezca que ya es suficiente. Mis pasos no se oyen con las suelas de goma.

Quizá creas saber qué es lo que fui algún día. Te equivocas. Aunque yo no podría decir nada a favor o en contra de tus suposiciones. Simplemente, antes de ser lo que soy no era nada. Nací cuando el sol dejó de golpearme en la cara.

Y ahora me preparo para crear la noche.

Mis amigas me reciben.

Hihihí.

Hi-hihihí

Me quito el impermeable de plástico amarillo. Arranco la cinta adhesiva. Desprendo las capas exteriores de plástico. Voy clasificando cada una de las partes de mi uniforme, y cuidadosamente lo apilo según su clase. Si se encuentra demasiado deteriorado, lo pongo aparte, para arreglarlo o sustituirlo. Me desnudo completamente y dejo resbalar el aceite sobre mi piel hasta que siento cómo va refrescando cada uno de los poros de mi piel elástica.

Me alimento. Sólo lo justo. Cinco. Ni una más.

Entro dentro de mi madriguera y descanso sin dormir. Mis ojos están abiertos, muy abiertos.

Muy abiertos.

Aunque sea de noche, no dejo de vigilar.

Tiempo segundo

Salida del colegio

1 de la tarde

(Barrugán enamorado.)

Bajé del caballo.

¡Qué cerca te vi!

Y fueron tus ojos dos verdes

luceros de mayo pa' mí.

Es usted toda una mujer. ¿Nadie le ha dicho que está para comérsela?

Ojos verdes,

verdes como la albahaca.

Verdes como el trigo verde

Y el verde, verde limón.

Con usted podría hacer lo que nadie creería que un hombre fuera capaz.

¿Hay niños delante?

¿Niños?

Niños.

Fuera de aquí. Todos afuera.

¡No hacen ni caso al peligro!

¡Niños!

¡Hay que desalojar el colegio! Ayúdenme a desalojarlo.

Fuera, os lo ordeno. Sin más contemplaciones. No valen más disculpas. Para que no vuelva a suceder. ¿Queréis que ocurra de nuevo?

Por favor señora, usted debe hacerme caso. No he bebido. Huelo a vino pero no estoy borracho. Sólo han sido unos traguitos, mientras preparaba el besugo. Se me ha caído por encima. Apenas he bebido. Se me habrá caído por la ropa.

¿Le parezco estúpido? ¿Tonto? ¿Loco?

No estoy loco. Sé muy bien lo que digo y lo que hago.

*Ojos verdes, verdes, con brillo de faca
que están clavados en mi corazón.*

Sé muy bien apreciar lo que veo. ¿Viene mucho por aquí? Seguro que le gusta la diversión. De joven quizá no me hubiera atrevido a decírselo, pero ahora por mis canas que no pienso privarme de esto: Qué rica está usted. Para comérsela.

*Pa' mí ya no hay soles,
luceros ni luna
no hay más que unos ojos
que mi vida son.*

Por sus ojos hasta dejaría de ser del Madrid.

¿Por qué se va a enfadar conmigo? ¿No es usted vikinga?

No está casada. Solterona, ¿eh? Sé reconocer una solterona a distancia. La solteronas y yo...
¿eh? ¿eh?

Una mujer 10.

No quise ofenderte, *palomita*.

Palomitas solteronas.

Las amigas de *Mutter*. Monjas solteronas del feminismo. Felipa, ingeniera agrónoma. Goya, médico cirujano. Leo, doctora en filosofía. Congregación del pensamiento feminista, libertario y ateo. *Ni padre, ni patrón, ni hombre, ni Dios*. Leo y *Mutter*. Conspiración. Las dos se pusieron de acuerdo, a espaldas mía, por supuesto. Llegaron a la conclusión de que yo debería tener una mujer. Un sacrificio en aras de mi salud. *¡Con su edad aún debe ser virgen, el pobre!* -eso pensaban. Cuando hablaban, sonaban campanas de boda. *Ding, dong, dang*. Curioso al venir de un par de librepensadoras como eran las muy brujas. *Ding, dong, dang*. Boda terapéutica, según los preceptos civiles. No me gusta que me tiren arroz, los langostinos me parecen gusanos muertos, odio el asado.

Leo tampoco es que fuera desagradable. No... Tenía su *aquél*. Una ligera bizquera que le daba mucho encanto. Y un estupendo culo y un buen par de... Para servirme el té, se levantaba de su sitio y se inclinaba hacia mí, dejando que se abriera el escote y mostrando a quien quisiera apreciarlo su piel blanca ajustada por el encaje negro. Curioso, toda una especialista en Walter Benjamín y pensamiento judío contemporáneo, lencería francesa.

¿Se la imagina? De esa caladita, que se trasparenta toda ella. Tú, permíteme la confianza... Tú, seguro que tú eres una mujer de ese tipo. Que, vamos. Que.... Vaya, vaya.

Claro que me imagino a toda una mujer como tú con encaje negro y trasparente. IM-presionante. Comparo con las braguitas de algodón blanco, tan limpio, algodón blanco con olor siempre a ropa lavada de Silvia. Pero Silvia no se llegó a doctorar.

Mi madre y Leo se miraban y sonreían cuando yo bajaba la vista. Yo volvía a enfrascarme en el televisor y el lomo del gato.

Eran otros tiempos. Más felices. Aburridos. Antes de su enfermedad, antes de la silla de ruedas, antes de todo.

Un día comida en casa de Leo. Canapés calientes, vichysoise fría, acederas a la francesa y pescadilla horneada con licor y pasas enanas. Pasas enanas, que le proporcionaba un colega de la Universidad de Beijing, especialista en traducciones al mandarín de Quevedo.

*Vivir es caminar breve jornada,
Y muerte viva es, Lico, nuestra vida,
Ayer al frágil cuerpo amanecida,
Cada instante en el cuerpo sepultada.*

*Nada, que siendo, es poco, y será nada,
En poco tiempo, que ambiciosa olvida;
Pues de la vanidad mal persuadida,
Anhela duración, tierra animada.*

*Llevada de engañoso pensamiento,
Y de esperanza burladora y ciega,
Tropezar en el mismo monumento.*

*Como el que divertido el mar navega,
Y sin moverse vuela con el viento,
Y antes que piense en acercarse, llega.*

Bei-Jing. Dzung-Gho. Imperio del Centro.

*¿Cuánto podrá durar para nosotros
el disfrute del oro, la posesión del jade?
Cien años cuando más;
éste es el término de la esperanza máxima.
Vivir y morir luego;
he aquí la sola seguridad del hombre.
Escuchad, allá lejos, bajo los rayos de la luna,
el mono, acurrucado y solo,
Llorar sobre las tumbas.
Y ahora llenad mi copa:
es el momento de vaciarla de un trago.*

Desde Pekín le llegaba, eso nos decía ella. Todo exquisito. Siempre sospeché que esa mujer no debía arreglarse nada bien en la cocina. Comida precocinada del Rincón del Gourmet.

*Cuando se seque el agua del lago
no quedará ningún pez.*

Tras el café, mi madre salió y nos dejó a solas. Entonces Leo sacó sus garras. Rodeándome, como haría el gato con el ratón. Poquito a poco, pasito a paso. *Un bombón, otro bombón*. El chocolate se derretía en sus dedos. *Otro bombón, que rico está éste y éste es de licor*. Gracias, gracias, y el pegote dulzón en mis dedos, y por accidente se le levanta la falda y me lo enseña todo. Unas braguitas, dos tallas más pequeña, remetidas por entre su poderoso culo. Apenas a unos centímetros de mi cara. Fue el impulso o la necesidad. Propiamente, propiamente, lo que es propiamente, no es que me atrajera. Pero mi mano ya estaba entre las bragas y el culo. Caliente y suave, ligeramente sudado, agradablemente fresco. Leo encima mío, restregándose, agitando sus párpados densos. Encima de mí abierta y resoplando y el gatito a nuestro alrededor, ronroneando. Me tiré a un lado y dejé que la señora se cayera con todo su docto peso sobre la alfombra. Me salvé de las campanas, del arroz, los langostinos, el asado y... oh, oh, oh, de la noche de bodas. *Ding, dong dang*. Cuando entró mi madre, dando una zapateta, era demasiado tarde. Su plan naufragó. Yo sentado, una revista alemana en mis manos, los ojos en la televisión, y Leo tirada a los pies del sofá con el gatito subido a su espalda. Conservé mi libertad. Hubo más té con pastas y más licores variados: de guinda, de arándanos, de laurel, de cerezas... No tanta comida sofisticada, pero eso mi hígado lo agradeció. Las mujeres no volvieron a intentarlo, o si lo hicieron yo no me di ni cuenta. El gatito pudo seguir en la casa de Leo, no hubo que prevenir ningún acontecimiento *feliz*.

*Que tiene ojo de culo es evidente,
Y manojito de llaves, tu sol rojo,
Y que tiene por niña en aquel ojo
Atestado, mojón duro y caliente.*

*Tendrá legañas necesariamente
La pestaña erizada como abrojo,
Y guiñará con lo amarillo y flojo
Todas las veces que a pujar se siente.*

*¿Tendrá mejor metal de voz su pedo
que el de la mal vestida mallorquina?
Ni lo quiero probar, ni lo concedo.*

*La mierda es mierda, y su orina, orina;
Sólo que ésta es verdad y esotra enredo,
Y estanme encareciendo la letrina.*

¿Se imaginan, tener un hijo y llamarlo Inmanuel? ¡Georg Wilhelm Friedrich! ¿Arthur?
¡Schopenhauer!
Apareció en mi vida Silvia.

(Volviendo a la realidad.)

¡Los niños!

Ayúdeme a salvarlos.

Hay una bomba en ese colegio. Estallará cuando menos se lo esperen.

Hablo en serio. Hay una bomba.

Tiene que creerme. No, yo no la he puesto.

¿Qué cómo lo sé? Porque vi como él montaba el mecanismo en el sótano. Dispuesto para estallar y quemarlo todo al ser accionado. A mí no me engañó.

Con tu ayuda, *palomita*, los llevaremos a lugar seguro. Cuanto más lejos de aquí, mejor. No a sitios bajo tierra. Debemos sacar a esos niños del sótano. ¿Qué hacen en el sótano? Nada bueno. ¿Qué pueden hacer un puñado de sucios adolescentes metidos en el instituto en un día festivo? Si les ocurre algo, será que se lo merecen.

Señora, por favor. No se vaya. Mi *palomita*.

Ayúdeme, señor.

Usted, hágame caso, ayúdeme también.

Amigo, mi amigo. ¿Eres tú o eres otro? Claro que eres tú. Y tú me vas a creer. Échame una mano, compañero. Hay que salvar a los niños. ¿Sabes qué alineación llevará el Madrid esta tarde? Podemos ver el partido juntos. Pero primero, salvemos a los niños. Sí, no son ningunos inocentes. Siempre pensando en S-E-X-O. Son unos degenerados, como todos los de su calaña, pero si algo les pasara menudo contratiempo. Por estar donde no deberían estar. Sé muy bien lo que son, sé muy bien que se merecen un castigo, pero si los salvamos dejamos las cosas en su sitio. Cada uno puede coger a dos, tal vez a tres, y meterlos en los contenedores. Hasta que lleguen los bomberos, ahí estarán seguros, bien calentitos en la basura. Luego los bomberos les rociarán con sus mangueras, y así les limpiarán bien de toda la inmundicia que llevan encima. No sé si lograrán limpiarles esos corazones tan negros. Haría falta mucha presión para penetrar tan dentro. Vamos, no te quedes atrás. ¿Cómo que me equivoco? Si eres tú, mi amigo. ¿Qué no me conoce de nada? Perdona.

Otra vez, no entiendo nada.

(Una ventosidad.)

Todos os reís. Cuando lo que quiero es salvaros la vida. No puedo soportar esas risas. Sería mejor que murierais carbonizados. Qué os den por culo a todos, uno trabajando y los demás de cachondeo. Qué falta de respeto para los que curran.

Que se asen. Como si estuvieran en el horno.

POLLO A LA BUENA MUJER

Se limpia y chamusca el pollo y se seca con un paño, se ata con hilo de bala, se sazona de sal y se pone en una cacerola con la manteca, el tomate, la cebolla y la zanahoria: se mete en el horno y, rociándolo de vez en vez con su grasa, se deja asar fuerte durante media hora para que se dore bien. Se saca del horno, se quita el hilo, se trincha en seis trozos y se coloca en una cocotera; se quita la mitad de la grasa de asar el pollo y se echa en la cacerola; el jerez se deja hervir durante dos minutos y se vierte encima del pollo, pasándolo por un colador. Alrededor del pollo se ponen las patatitas, el tocino y las cebollitas, colocándolos encima del pollo. Se agrega el resto de la mantequilla y el coñac; se coloca la tapa de la cocotera, se cubre la juntura con una pasta hecha con harina y agua y se mete en el horno durante media hora. Se sirve en la misma cocotera, puesta sobre una fuente con servilleta, y se destapa al llegar a la mesa.

Esos son los hechos.

No más juicios. Los juicios no sirven finalmente para nada. Meten a la gente a la cárcel, y a los dos días o a los quince años ya están en la calle. Se lo diré esta noche a Villacastín mientras mis manos aprietan su garganta más y más. ¿O tal vez debería empujarlo a las vías cuando pase el tren? Ahogarlo no creo que sirva para mucho, con lo hinchado que está saldría flotando. Pero

tampoco estaría mal probarlo. El cuchillo lo deja todo llena de sangre. Como matar a un cerdo, lo sé por experiencia. Está bien, lo empujaré a la vía, lo ahogaré, luego lo descuartizaré, quemaré los trozos y finalmente los tiraré a un pozo. Y sellaré el brocal con una buena losa.

No me empuje. No le hago mal a nadie. Sólo quiero salvarlos. A todos, incluso a usted. Salvarlos.

A usted.

A usted.

A usted.

A usted. A usted. A usted.

A usted también.

Que alguien me proteja de mis fantasmas.

(*Nueva ventosidad.*)

Dejad de reiros.

Os diré algo. Ahora os burláis de mí, pero dentro de poco veréis que yo tenía razón, que siempre la he tenido. Y que vosotros no sabíais nada. Las llamas se alzarán por encima de vuestras cabezas. Olor a pollo asado. La verdad es que le dan a uno unas ganas de comer. Pollo asado.

Montones de cabezas delante de mí. Derivadas simples y complejas. Vectores, matrices, tensores y espacios afines. Límite de una sucesión cuando n tiende a infinito. Limitado en infinito. $e = 2,71828182845904523536028747135266\dots$ La razón entre parte de una parte y la parte y el todo... En el espacio de las frecuencias la parte contiene al todo... *¿Para qué?*

Recitar teoremas, escribir fórmulas, desarrollar ecuaciones, plantear problemas, resolverlos, corregir ejercicios: 8,5 sobresaliente; 6,5 notable; 4,5 apto; 2,5 insuficiente. Hasta 2,5 deficiente. Notas, calificaciones, actas, convocatorias. Y en septiembre, otra vez a empezar. Rutina de año tras año. Un montón de fórmulas que no sirven para nada. Un montón de cabezas sin nada dentro. La licenciatura, los cursos de doctorado, las oposiciones. *¿Para qué?* Para un empleo 15 horas lectivas a la semana y 8 más no lectivas que con la jefatura de estudios aumentaron en 10 más con un ligero aumento de sueldo. Tras la enfermedad de *Mutter* llegaba a pasarme el día en el instituto. La silla de ruedas la convirtió en un ser odioso. Está mal que yo lo diga. Está mal que yo lo diga.

Quedó el puesto de director vacante. Tenía el apoyo de todos para quedarme con él. Pero, *¿para qué lo quería? ¿Para qué?*

No.

Silvia no quería que yo ocupara ningún cargo. Silvia me quería a mí. Me pidió una vez más que nos fuéramos de allí. Que abandonara a mi madre, que dejáramos el instituto, que me olvidara de todo. Que empezáramos una nueva vida, ella y yo.

Villacastín apareció un día con el nombramiento de director debajo del brazo. Llamándome su amigo. *¿Realmente, fui tan inocente como para creerle? Él levantó los brazos y gritó con alegría fingida. Mi amigo Barrugán.* Odio que me llamen así. Odio que me llamen pescadito, y aún más que me llamen *Fischechen*. Pero quizá lo que más odio es que me llamen como me llamaba ese hombre. Siempre que nos íbamos a cruzar por el pasillo, intentaba evitarlo. Tomaba otro pasillo, pero él me atajaba y volvía a encontrármelo, delante de más gente, de alumnos. *¡Mi amigo Barrugaaaaán! No has cambiado nada, sigues como en la universidad.*

Si tan repulsivo me parecía, *¿por qué no le denuncié cuando pude hacerlo?* Su plan era tan horrendo...

Cuando Villacastín apareció, Silvia redobló sus súplicas. *Vamos, dejémoslo todo. Tú y yo. Por ti y por mí. Tú y yo.* Tanto insistía, tanto. Sus ojos con esa lágrima de mar siempre a punto de desprenderse de ellos.

No quise darle importancia a las miradas que Villacastín le dirigía a Silvia. No quise ver cómo a él se le iluminaban los ojos cuando aparecía ella. No quise ver como ella bajaba la cabeza al cruzarse con él. No quise darle ninguna importancia a todo ello. ¿Hubiera servido de algo?

Ella insistía en que teníamos que encontrar nuestra propia vida. ¿Dejar a mi madre? No era la mujer fuerte, la alemana cabezota de antes, ella sola ante el mundo. Ahora era una pobre inválida en su silla de ruedas. Sólo come si yo le doy de comer, sólo se levanta si yo la ayudo.

Silvia me cogía las manos y me miraba, suplicante.

Villacastín sonreía a Silvia. ¿Creía que yo no lo iba a advertir?

Villacastín sonreía a Silvia. Otra vez ante él. Un plato de pollito asado.

Niños.

Hay niños abajo, en el sótano. ¡No lograrán salir! Quítenles los balones y tírenlos por las ventanas.

No pasa nada, no llegarán a jugar en el Bernabeu. Muy por debajo del nivel.

Los bomberos, la policía. Ya llegan. Estamos salvados. Deme un beso, señora. Me lavo todos los días. Es sólo sudor. Vamos, un besito, ojitos de besugo.

¿La policía? Yo no le he hecho nada a nadie. No estoy reteniendo a ninguna mujer. ¿Ésta? Sí que grita, la muy puta. Pero yo pensé que era de puro gusto.

¿Se quiere casar conmigo? Veremos todos los partidos del Madrid juntos. ¿Vemos el de esta tarde? ¿En tu casa o en la mía? ¿O prefiere que vayamos ahora detrás de los coches?

No me hagan daño.

Yo no he hecho nada.

El culpable es Villacastín. Pregúntenle al juez. Ahí está ese villano, escondiéndose. Se ríe, allí, allí, allí, desde esa ventana, en esa calle, desapareciendo en esa boca de Metro.

Avisen a seguridad. A protección civil, a la guardia civil. Al ejército profesional. Ese hombre sí que es peligroso.

(*Ventosidad.*)

¿Adónde me llevan?

No, no pueden hacerme esto. En un día con un Madrid - Barça.

Por favor, déjenme irme. Tengo que volver a casa.

No es por el partido.

No sólo es por el partido.

(*Ventosidad.*)

Tengo que ir a darle de comer a *Mutty*. Depende de mí. Puedo demostrarlo. Aquí están los certificados médicos. Ésta es su cartilla sanitaria. Están cometiendo un error. Su historia médica. El teléfono del especialista. Tengo derecho a hacer una llamada. Es cuestión de vida o muerte. Un teléfono, por favor. Tengo derecho a una llamada.

(*Ventosidad.*)

Hola, cariño, soy yo. Escúchame. Te he dejado la comida preparada en la bandeja, al lado de la cama. En el plato hondo tienes puré de puerros, estará templado. Ni caliente, ni frío. Tómatelo ya para que no se pase. En el otro tienes uno de tus platos favoritos. Besugo a la española. Lo he hecho con todo el cuidado, para ti, preciosa. No te comas los limones. Vamos, no me hagas esos pucheritos. Papito no puede ir ahora. Tendrás que comer tú sola. Cómo que no puedes. Vamos, mi amor, yo sé que sí puedes. Si te lo propones no tendrás ningún problema. Vamos, coge la cuchara. Así, mi reina. Coge

poquito de cada vez, para que no se te caiga al camisón. Poquito a poquito. Ahora te tengo que dejar. Sí, me voy con unos amigos. No, no voy a hacer nada malo. No, no estoy con una mujer. Claro, ya lo sabes, tú eres mi única mujer. Sabes que no debes decir esas cosas. Creo que no puedo seguir hablando. Claro, te llamaré cuando pueda. Un besote, corazón, cariñitos, cariñitos.

Antes de que sus ojos me vuelvan a mirar, los ojos de Silvia. ¿Dónde he dejado sus ojos? Al salir del Metro todavía los llevaba, en uno de mis bolsillos. ¿Han encontrado unos ojos azules, unos ojos con una lágrima de mar en su interior?

Línea 2: Una voz española

Una oruga monstruosa retuerce el vientre de la ciudad.
de su carne blanca De su sangre negra nacemos la Estirpe de los que vivimos bajo tierra
los Ojos que vigilan Mudos
una Legión a la que no tú ves

Línea 2

Ventas Manuel Becerra Goya Príncipe de Vergara Retiro Banco de España Sevilla Sol Ópera
Santo Domingo Noviciado San Bernardo Quevedo Cuatro Caminos

Voy a Ventas, a la Monumental. Hoy es la corrida de la Beneficencia. Vaya cartel. Vaya toros.
Seguro que encuentro a alguien.

Enciendo el cassette. Un aparato rojo a pilas, tecnología alemana de los años 70. Buen aparato,
buena mecánica. Rueda de la izquierda para subir el volumen. Rueda de la derecha para el tono.
Cuatro teclas negras para rebobinado, reproducción, avance y el último para parar y sacar la
cinta. Una tecla roja para grabar. Grabo mi voz y la escucho.

(Rebobina la cinta que había puesto a grabar y la pone en play. Escuchamos sus últimas palabras reproducidas por el cassette.)

... a pilas, tecnología alemana de los años 70. Buen aparato, buena mecánica. Rueda de la izquierda para subir el volumen. Rueda de la derecha para el tono. Cuatro teclas negras para rebobinado, reproducción, avance y el último para parar y sacar la cinta. Una tecla roja para grabar. Grabo mi voz y la escucho.

(Detiene la cinta y la saca del magnetófono. Regurgita un japo y lo escupe. Lo pisa y lo extiende con la suela del zapato.)

Doy la vuelta a la cinta, y escucho la voz de Miguel de Molina.

(Da la vuelta a la cinta y la rebobina.)

*Sevilla tuvo que ser
Con su lunita plateada
Testigo de nuestro amor
Bajo la noche callada.*

*Y nos quisimos tú y yo
Con un amor sin pecado.
Era un destino atrevido*

Que vivamos separados.

*Están clavadas dos cruces
En el monte del olvido.
Por dos amores que han muerto
Sin haberse comprendido.*

*Están clavadas dos cruces
En el monte del olvido.
Por dos amores que han muerto,
Que son el tuyo y el mío.*

Un hombre frente a un muro. Nada puede apartarlo de ese muro en el que clava su mirada. A su alrededor, los otros internos pasean. Le llaman pasear a dar vueltas alrededor del edificio. Pero el hombre no pasea. Se clava frente al muro y su mirada se estrella contra la pared. Por la noche tienen que obligarlo a entrar en su cuarto.

¿Falta mucho para Sol? Tengo que ir a Ventas. Sí, esta es la línea 2. No viajo en otra línea, sólo en la línea 2. ¿Hemos llegado a Noviciado? Ópera.

(Rebobina la cinta y pulsa el play.)

*Traca que traca,
traca que traca
Rejuntando parneses
con su comercio de jipijapa.*

*Ay, que don Triquitaque...
Ha traído canela y clavo,
Azúcar, cantes y oro nativo,
Los colmillitos de un elefante,
Coquito fresco
Y un moro vivo.*

Ay, y don Triquitaque...

*Y una mona ramona con su monito
Y una cotorra que viene hablando
Y unas calenturitas
que el pobrecito ya está parmando.*

Ay, y don Triquitaque...

*Traca que traca
traca que traca
Rejuntando parneses
con su comercio de jipijapa.*

La gente se aparta. Me deja espacio, pero no se va muy lejos. Aunque simulen compasión, nerviosismo, asco, escuchan. Se ríen con un ligero temblor, encogiendo los hombros, pero necesitan escucharme. Porque saben que lo que digo es muy importante para todos, aunque ellos

no tengan capacidad para entenderlo plenamente. Me río de esta gente, de la pobre gente con su casa, su trabajo, su familia. Creen tenerlo todo. Me miran con asco cuando hablo. Pero no pueden dejar de escucharme.

(Rebobina la cinta y pulsa el play.)

*La hija de Don Juan Alba
Dicen que quiere meterse a monja.
La hija de Don Juan Alba
Dicen que quiere meterse a monja.*

*En un convento chiquito
De la calle la Paloma.
Dicen que el novio no quiere
Y ella dice no me importa.*

*Y se ha comprado un vestido
Blanco como el de una novia.*

*La hija de Don Juan Alba
Dicen que quiere meterse a monja.*

La voz de Miguel de Molina se distinguía completamente tanto de la de sus contemporáneos como de la de los que le precedieron y la de los que le siguieron. No tuvo maestros, fue un maestro sin seguidores. Lo que había en su voz nació y murió con él. Si la comparamos con el otro Molina, con Antonio, vemos que éste último intentaba ocultar sus muchas deficiencias bajo miles de artificios y pretextos. El más llamativo, esa recurrencia en sus letras al ser desvalido y necesitado, a invocar la compasión más superficial ante desgracias genéricas. Soy un pobre emigrante... Soy minero... Soy presidiario... Miguel de Molina no oculta nada. Sí, su voz era fina y cultivada. Potente y sensible a un mismo tiempo. Pero en vez de ser utilizada como vehículo de lucimiento, la voz de Miguel de Molina parece pedirnos disculpas por cantar.

(Pone una cinta en la que suena La Bien Pagá, y canturrea.)

*Na' te debo, na' te pido.
Me voy de tu vera, olvídame ya.*

*Que he pagao con oro
Tus carnes morenas.
No maldigas, paya,
Que estamos en paz.*

*No te quiero,
No me quieras.
Si too me lo diste, yo na' te pedí.
No me echas en cara que too lo perdiste.
También a tu vera, yo too lo perdí.*

Ese falseto no está para tapar una insuficiencia de su voz. Con una separación de apenas diez compases, la voz de Miguel de Molina demuestra que puede subir en la escala todo lo que quiera,

con más facilidad que la de un tenor. Ese falseto está introducido para que no pensemos en la voz, para que no veamos una canción, una melodía, una impostura. Ese falseto nos desgarrar con la fuerza de una emoción. No quiere transmitirnos una belleza melódica, sino la belleza de la verdad: humanidad. Todos apreciamos a los grandes creadores de coplas, Perelló y Mostazo aquí, otras veces León y Quiroga, pero sin ese detalle del intérprete la canción, las canciones, no serían lo que son: una lección de vida. Y si lo son, es porque la voz que la canta y a no canta, sino que sufre.

*Bien pagá.
Si tu eres la bien pagá
Porque tus besos compré
Ya mí me supiste dar por un puñao de parné.
Bien pagá, bien pagá, fuiste mujer.*

Esas historias no son puros retruécanos, amalgamas de sentimientos huecos, pasiones de papel. Miguel de Molina es el protagonista de todas ellas, y sufre la historia de cada uno de sus personajes en su propia carne. Él es el hombre que se siente engañado por una mujer a la que considera demasiado bien pagá; él es una mujer ultrajada por un hombre que la tira el dinero a la cara tras haberla poseído. Ambos, el hombre y la mujer, víctima y verdugo, verdugo y víctima, son Miguel de Molina.

No, Goya, no.

Esta vez no tengo que ir a Goya. ¿Falta mucho para Ventas? No me gustaría pasarme de estación y tener que volver atrás.

Sí, vaya corrida. Los mejores. Vaya cartel. Vaya toros. Seguro que me los encuentro allí.

(Rebobina. Pincha el play. Rebobina. Pincha el play. Está cerca. Rebobina. Detiene la cinta. Comienza a cantar Ojos Verdes y en cierto momento, a mitad de una palabra, pincha el play, y la voz de Molina se acompasa a la suya.)

*Pa' mí ya no hay soles,
luceros ni luna
no hay más que unos ojos
que mi vida son.*

*Ojos verdes,
verdes como la albahaca.
Verdes como el trigo verde
Y el verde, verde limón.*

*Vimos desde el cuarto apuntar el día
Y anunciar el alba en la Torre en la Vela
Dejaste mis brazos cuando amanecía
Y en mi boca un gusto de menta y canela.*

*¡Serrana, para un vestido yo te quiero regalar!
Me dijiste estás cumplío,
No me tienes que dar ná.
Subí en mi caballo
Y un beso te di.
Y nunca una noche más bella de mayo*

He vuelto a vivir.

León y Quiroga: *Ojos Verdes*. La copla con mayúsculas. Todos comparan a los dos grandes maestros cantando *Ojos Verdes*: Piquer y Molina. Todos se matan o por el uno o por la otra, sin posible acuerdo. Por una parte, Miguel de Molina, iluminación extática; por la otra Doña Concha Piquer, tejido único de emociones secretas. Enemigos en el cante y en la vida. ¿Por qué Miguel de Molina veía a la otra grande, la Piquer, como instigadora y causa de todas sus desgracias? Cuando un Molina octogenario rectificó ya era muy tarde. *A buenas horas, mangas verdes, cuando estamos aquí ya con permiso del sepulturero...* -replicó con castañuelas en los ojos Doña Concha.

Por favor, ¿hemos pasado ya Banco? ¿Me puede avisar cuando llegemos a Retiro? Espero encontrarme a alguien. Según vaya faltando menos...

(En voz baja:)

*Ojos verdes,
verdes como la albahaca.
Verdes como el trigo verde
Y el verde, verde limón.*

(Cambia la cinta del cassette y graba.)

Un hombre frente a un muro. Nada puede apartarlo de ese muro en el que clava su mirada. A su alrededor, los otros internos pasean. Le llaman pasear a dar vueltas alrededor del edificio. Pero el hombre no pasea. Se clava frente al muro y su mirada se estrella contra la pared. Por la noche tienen que obligarlo a entrar en su cuarto.

(Rebobina la cinta y escucha lo grabado.)

Un hombre frente a un muro. Nada puede apartarlo de ese muro en el que clava su mirada. A su alrededor, los otros internos pasean. Le llaman pasear a dar vueltas alrededor del edificio. Pero el hombre no pasea. Se clava frente al muro y su mirada se estrella contra la pared. Por la noche tienen que obligarlo a entrar en su cuarto.

(El hombre continúa con su disertación, ahora con fondo de música de Miguel de Molina.)

Miguel de Molina cantaba la verdad en un momento en que eso no era lo más indicado. La Historia le alcanzó. Rojo y maricón en los tiempos más duros del Régimen. No se podía olvidar su apoyo a los leales. Las fotografías en que Azaña le condecora y abraza. No se podía olvidar que en Valencia cantara para los soldados de la República. No se podía olvidar sus camisas de colores chillones, sus trajes ajustados a la cadera. No se podía olvidar que según se decía saliera a los escenarios desnudo, sólo cubierto por una bandera republicana. En noviembre de 1939, ganada la Guerra por los nacionales, Miguel de Molina reaparecía en el Pavón. Algunos dicen que alguien le protegía. Unos, que la mujer de Serrano Suñer; otros que su hermana, Carmen Polo de Franco; otros que el mismo Franco era su protector.

Cuando salió al escenario con una camisa malva, su voz tuvo que alzarse por encima de los murmullos y los gritos.

(El hombre rebobina y pone el play. Escuchamos una voz ajena. En el transcurso

de esta grabación el hombre saca un trozo de pan y una lata de sardinas. Parte el pan en dos rebanadas. Abre la lata. Extrae los lomos de las sardinas y las va extendiendo en el pan.)

Hola, cariño, soy yo. Escúchame. Te he dejado la comida preparada en la bandeja, al lado de la cama. En el plato hondo tienes puré de puerros, estará templado. Ni caliente, ni frío. Tómatelo ya para que no se pase. En el otro tienes uno de tus platos favoritos. Besugo a la española. Lo he hecho con todo el cuidado, para ti, preciosa. No te comas los limones. Vamos, no me hagas esos pucheritos. Papito no puede ir ahora. Tendrás que comer tú sola. Cómo que no puedes. Vamos, mi amor, yo sé que sí puedes. Si te lo propones no tendrás ningún problema. Vamos, coge la cuchara. Así, mi reina. Coge poquito de cada vez, para que no se te caiga al camión. Poquito a poquito. Ahora te tengo que dejar. Sí, me voy con unos amigos. No, no voy a hacer nada malo. No, no estoy con una mujer. Claro, ya lo sabes, tú eres mi única mujer. Sabes que no debes decir esas cosas. Creo que no puedo seguir hablando. Claro, te llamaré cuando pueda. Un besote, corazón, cariñitos, cariñitos.

(El hombre sonríe. Le pega un buen bocado al bocadillo.)

Manuel Becerra. La siguiente.

Vaya cartel, vaya toros. Espero encontrarme a alguien. Con toda seguridad.

Nadie le protegía en esa corte de cerdos fascistas. Rojo y maricón. No sólo fue la paliza en la que falangistas le machacaron la carne y hasta los huesos, le afeitaron la cabeza, le patearon hasta saltarle los dientes para dejarle luego tirado medio muerto en un descampado. Fue una persecución implacable. Quisieron cortar su voz. Le prohibieron salir a los escenarios. Le *retuvieron* y *confinaron* como si sus canciones fueran mortales para el Régimen.

Lo eran.

El 23 de octubre de 1942 se exilió a la Argentina.

El 5 de marzo de 1993 murió, lejos de su querida e imposible España.

(El hombre se dobla sobre sí mismo, como herido de muerte. Suena La Bien Pagá. El hombre se yergue y la canta en playback.)

*Si too me lo diste, yo na' te pedí.
No me eches en cara que too lo perdiste.
También a tu vera, yo too lo perdí.*

*Bien pagá.
Si tu eres la bien pagá
Porque tus besos compré
Y a mí me supiste dar por un puñao de parné.
Bien pagá, bien pagá, fuiste mujer.*

Ventas.

No, el Caudillo no era su protector.

Tiempo tercero

Parque público

17:45

(Barrugán encadenado.)

(De rodillas, con las manos atadas a la espalda, y la cara marcada por los golpes.)

Unos ojos, unos ojos con una lágrima de mar en su interior. ¿No los han visto?
¿Y mis manos?

(Aúlla)

Enfrascados en vuestros besos y manoseos. ¡Escuchadme ahora! Ya seguiréis luego con vuestros amoríos.

¿No veis mis manos?

Ella y yo, entonces. En un banco los dos juntos. Tiempos pasados, pero siempre tan presentes. Como si ella estuviera aquí ahora, frente a mí. Sin rozarnos, besándonos con los ojos. El comienzo de nuestra furtividad.

(Mira a los bancos.)

Indiferentes. Como si no fuera con ellos. En sus bancos, con sus besos, con sus caricias. Tan jóvenes como nosotros lo éramos. Os comprendo. Huyendo de vuestras madres, seguro. Oh, mami, mami. Tus miradas tan cariñosas que acaban con nosotros. Oh, mami, mami. Vamos, seguid besándoos, seguid con vuestros toqueteos. Aunque le moleste a mami.

Ya no puedo ir a casa. Es demasiado tarde. Cuando llegara, ya sería noche allí. No iré a casa.

(Gritando:)

¿Es que nadie tiene un transistor? El partido estará a punto de comenzar. El Bernabeu debe de estar que rebosa, hirviendo de entusiasmo. Alguien debe tener un transistor.

Ni siquiera tienen transistor.

Traicionando a la que os dio la vida, a la que más os quiere. Y sin transistor. Tanta desvergüenza deberían prohibirla.

¿Molesto, eh?

Claro, a nadie le gusta que justo ahora alguien les ponga las cosas en su sitio y se lo diga así, a la cara. En ese preciso instante, con un dolor de huevos de padre y señor mío, a ver quién deja de aliviarse para escuchar las charlas de un pobre diablo. *Mejor ignorarlo, desgraciado, que grite lo que quiera, ya se irá cuando se canse. Uno menos en el parque.*

No soy un pobre diablo.

Entregarse a los brazos de la amada, darle un buen beso en la boca, mover las manos sobre su cuerpo, sentir sus pezones duros, acariciar con los dedos el inicio de su sexo. Una buena táctica de ataque.

No soy un desgraciado.

No lo fui.

Nada más jugoso que el sexo de Silvia. El coño de Silvia es sin duda lo más dulce que he probado nunca. Suave y carnoso. Cubierto por una ligera mata de vello que se trasparentaba sobre esa piel tan íntima. Acariciándolo suavemente, como si fuera una flor delicada. Tanteando con la punta de la lengua, así. Girando. En sentido contrario a las agujas del reloj y de abajo a arriba. Los labios abriéndose para mí. Suavemente, el botoncito rebelde. Humedeciéndose más y más. Su olor...

Silvia...

Devolvedme mis manos.

Soltadme.

¿Queréis soltarme?

Sé que ese hombre está aquí. Silvia, estoy aquí para ello.

Sólo me hacen falta las manos.

¿La policía, encargarse de un tipo como ése? Lo único que les preocupa es llevar a un alguien que no se pueda defender a un descampado para divertirse un poco. Sólo se ocupan de darle *lecciones* a quien no se lo merece. Tened cuidado. Si un día caéis en manos de esa gentuza. Tened cuidado de la punta de sus zapatos. Mirad mi cara. Así os dejarán si caéis en sus manos. ¿Se ríe la niña? ¿Se ríe la hija puta? Mírala, con esa cara de mosquita muerta, con esa cara de perra... Déjame que te haga la mitad de lo que me han hecho a mí...

No, perdón, no me haga daño. No quise decir eso. No quiero hacerle daño a nadie, y menos a su novia. Por favor.

Soltadme las manos y me iré de aquí. Se lo prometo. Me iré a la calle.

En las calles nadie sabe qué se esconde tras las esquinas. En los callejones, tras un coche, saliendo del Metro. Uno acecha, pero nunca sabe cuándo persiguen al cazador. He venido al parque para enfrentarme a él cara a cara. Aquí no le van a valer sus artimañas. Buena presa.

Esperaré en este parque. Al aire libre. Nada de bajar al Metro. Hoy no habrá engaños, no habrá alucinaciones.

Por eso no podéis dejarme aquí, abandonado a mi suerte.

¿Mis manos? No están sucias. Las he lavado una y otra vez.

¿Mis manos?

Soltad mis manos. Para poder acariciarla. Su piel rosada. Su nuca, el nacimiento de su pelo, su larga melena. Sus pechos pequeños y suaves, su vientre redondo, su sexo carnoso y breve. Como vosotros os acariciáis, en un parque como éste, en un banco como el vuestro, así acariciaba yo su cuerpo, con estas manos.

Con mis manos.

¡Devolvédmelas!

Para recuperar lo que perdí.

Para poder defenderme del monstruo. De su risa. De su mirada.

Para poder defenderme de mí.

Ahí está. Tenemos ya muy poco tiempo. No le valdrán más excusas. Ahí está.

No se irá con ella.

No dejaré que la mire ahora como la miraba entonces.

Esta vez no tendré más dudas.

¿Molesto?

Seguid con lo que estabais. No soy de esos que se dedican a espiar tras los matorrales. Mirad, no miro, no miro, no miro. ¡Eh! Os pillé. Jajaja.

Pobres estúpidos. Son tan insignificantes. Y se creen la ostia. Como la junta directiva. Para hacer lo que hacen. La mejor plantilla de la historia. Ja. Menudo fichaje. El carioca de oro y la rodilla de cristal. Un idilio condenado a fracasar. Algo parecido.

Que no nos metan ningún gol.

Hacen el saque y comienza el partido. El Madrid despliega toda la fuerza de su ataque mientras la afición ruge y anima. Roberto Carlos, Figo, Raúl en cabeza. El portero blaugrana tiembla en su puerta...

¿Dónde está Ronaldo?

Un defensa contrario corta el avance y manda de una patada el esférico al campo del Madrid. Con una patada todo se fue a la porra.

Crear que la vida es un camino de rosas cuando con un ligero toque todo se vuelve añicos.

Añicos.

Recupera, toma la pelota.

Más deprisa, más deprisa. Tengo que ir más deprisa. Aunque me duelan las piernas. Aunque me duelan las muelas. Debería ir al dentista. Al traumatólogo no. Pasa la pelota. Voy a centrar. Después de matarlo de una vez y para siempre, otra vez. Llegaré antes que él, sorpresa. Mi amigo Villacastín. ¿Te extraña verme aquí? Regate. ¿Te gusta mi hacha? Es un regalo, para ti. Remate. De cabeza. Gooooo!!!

De nuevo frente a frente. Empezamos en el colegio, seguimos en la universidad. Luego en el trabajo. El brazo por encima del hombro, *mi amigo*, palmaditas en la barriga. *Barrugán*. Plasplasplás.

Te gané entonces. Y ahora volveré a ganar.

¿Queréis soltar mis manos?

He oído su voz susurrando en mi oído.

«Heheheé.

Mi amigo Barrugán.

Ven a por mí.»

Lo haré.

Sin dejar pasar más el tiempo.

Alguien debería ocuparse de *Mutter*.

Ustedes se harán cargo.

No puedo volver a casa. Es demasiado tarde. No puedo enfrentarme a mi madre.

¿Podrían ir a casa y ver si ha comido? Sólo tardarán unos minutos. Le dejé la comida preparada, pero no es la primera vez que ni toca el plato. Háganme el favor. Y si no les molesta, pónganle la cena. Es fácil. Está todo preparado, sólo falta calentarlo al microondas y servirse. Las madres se desvelan porque sus hijos lo coman todo, sufren por las rabiets de los niños, con su empeño en no comer. Pasa el tiempo y los hijos se convierten en madres de sus madres. Cuidarla como ella me cuidó a mí.

Pero cuando se pone el sol no es la misma.

Cuando abre su boca.

Si eso ocurre, no deberían seguir con sus juguetos. Es duro renunciar a tanto placer, pero ella les podría descubrir. Y entonces...

Cuando abre su boca.

Nunca vio con buenos ojos lo mío con Silvia.

Cuando abre su boca.

Silvia no le gustaba.

Cuando abre su boca.

Abrió su boca y nos señaló con el dedo.

Desde su silla de ruedas, pareció alzarse por encima de nosotros, señalándonos. Señalando a Silvia. *La fulana de tu jefe. La furcia del amo. ¿Tan tonto eres, Meine susses Fischechen?*

Pobre pareja de enamorados, creyéndose a salvo en su refugio perdido en el parque, y ahora descubiertos y marcados por su dedo, centro de todas las burlas. *Fischechen, Fischechen*. La muchacha salió huyendo, y en ese momento pensé que la había perdido para siempre.

Silvia, mi amor. Vuelve. Yo creo en ti.

No, fui yo quien salió huyendo. Fui yo. Lo que mi madre gritaba.

(Barrugán se tapa la boca.)

Murmullos y risas.

Lo que la llamaba a ella.

(Barrugán mueve la boca sin emitir ningún ruido.)

Gritos y risas.

Lo que decía de ella y Villacastín.

(Barrugán gesticula, moviendo los brazos en grandes círculos.)

Risas, aplausos.

Lo que decía de mí, ante todo el mundo.

(Barrugán parece dirigir una orquesta imaginaria en todo el fragor de la Quinta de Beethoven.)

Risas, risas, risas.

¿Cómo se había enterado *Mutter* de todo? Villacastín. Yo me había temido lo que pasaría si ella sabía algo de lo nuestro. Y ahora todo se había descubierto. *Mutter* lo sabía todo. Todo. Y entonces comprendí que no tenía sentido que yo me engañara por más tiempo.

Fischechen.

Silvia intentaba decirme algo. Yo no la iba a oír.

Villacastín.

Todo una burla.

Pobre Barrugán.

Villacastín, un hombre al que Silvia sí podía amar, nunca a alguien como yo. Villacastín. Y mi madre me lo gritaba, mientras yo corría por el paseo entre dos filas de estatuas mudas, bajo las ramas en movimiento de los árboles; sus bocas calladas, sus hojas susurrantes: *Villacastín. Villacastín.*

¿Cómo pude creerte? ¿Cómo pude darte todo?

Bien que la mete mano. Con ese par de buenas tetas, no tendrá mucho problema en encontrar el asunto. Enhorabuena. Tiene cara de auténtica puta. Y un buen culo de puta. Aprovechese ahora, antes de que le ponga los cuernos con todos los hombres que se encuentre.

(Una larga pedorreta.)

No quise ofenderle.

No, deje de pegarme. Llamaré a un guardia.

¿Usted es policía?

Pégume más, pero no me detenga, por favor.

Si se ve que su novia es una santa.

Hablaba en voz alta.

Creía ver a una amiga. Una buena puta, sí. No, no, no me la recordó su novia.

Déjeme, por favor.

Por favor.

(...)

Cabrón idiota. Cuando se dé la vuelta, esa zorra se la pegará con otro, como hacen todas las putas.

Todas las putas.

Huí pese a que ella me llamaba.

Huí con el fuego a mi espalda.

Huí dejándola allí.

Huí tras el juicio.

Huí de mi madre, sin importarme lo que podría ser de ella.

Huí esta vez tras Silvia. «Mi amor».

Huí de las llamas que ya cercaban mi conciencia.

La vida le traiciona a uno, y le convierte en un traidor. Hace que uno siempre se esté traicionando.

Traicioné a mi madre, traicioné a Villacastín. Traicioné a Silvia. Me traicioné a mí mismo.

Fueron seis años de traición, de olvido, hasta que un día volví a ver mi cara en el espejo.

Al volver a casa tras tanto tiempo algo se había roto para siempre. Ese olor acre en toda la casa.

Mutter no era la misma. Su cama estaba cubierta de ceniza. Mi ausencia la había convertido en eso, y ahora mi penitencia es cuidar de ella para siempre, hasta que yo me convierta en lo mismo que es ella.

Cuando abre su boca.

En lo mismo que es ella.

(Silencio. Barrugán mira alrededor.)

Se ha ido.

El cobarde no quiere dar la cara.

Pero sé donde encontrarlo.

El sol se pone. Dentro de poco todo se volverá negro. Su boca. Y oiré de nuevo la risa de Villacastín, me perseguirá por todos los rincones de la ciudad oscura, resonará por todos los rincones de mi cabeza.

Me río sin ruido.

Perdóname, Silvia. Todo lo que te he dicho.

Porque sé que tengo razón, que siempre la tuve. Que si alguien me engañó, no fue Silvia. No me la podrán quitar. Es mía, siempre lo fue; es mía, para siempre.

Esto me servirá. Esta barra será suficiente.

Sólo queda bajar al Metro.

Línea 6: el Círculo

Cuatro Caminos trasbordo
con línea 1 y línea 2. *Cruz
hundida en la tierra.*

Ouroboros que se alimenta de sí mismo encerrando en la
cabeza la cola serpiente de Midgard círculo que ciñe todas las
tierras y todos los mares

*Nuevos Ministerios trasbordo
con línea 10 y línea 8
conexión con cercanías
RENFE. Facturación para
pasajeros con vuelos desde el
aeropuerto de Barajas.
Lloraré sobre tu rostro roto
en la fotografía.*

no es el infierno
aún no lo es
no es el cielo
aún no sabemos si lo es

República Argentina. Manchas en el asfalto. Línea 6 Circular

<i>Avenida de América trasbordo con línea 4 y 7. Conexión con intercambiador de autobuses de cercanías y de la EMT. No pienses en el cielo si tienes el suelo para moverte.</i>	Cuatro Caminos Guzmán el Bueno Metropolitano Ciudad Universitaria Moncloa Argüelles Príncipe Pío Puerta del Ángel Alto de Extremadura Lucero Laguna Carpetana Oporto Opañel Plaza Elíptica Usera Legazpi Méndez Álvaro Pacífico Conde de Casal Sainz de Baranda O'Donnell Manuel Becerra Diego de León Avenida de América República Argentina Nuevos Ministerios
<i>Diego de León trasbordo con línea 4 y 5. Largo caminar lenta mirada.</i>	Cuando los trenes se ponen en marcha, arrancamos nuestro caminar.
<i>Manuel Becerra trasbordo con línea 2. Sal antes de que se cierre la puerta.</i>	Recorremos la línea incesantemente. Una línea que se cierra sobre sí misma sin principio ni fin. Dentro de ella vive un círculo de vacío.
<i>O'Donnell. Luz en las alcantarillas.</i>	Siempre hay uno de nosotros en todos los andenes, en todos los vagones, pero nuestros pasos nunca se cruzan.
<i>Sainz de Baranda trasbordo con línea 9. Más allá hay monstruos.</i>	Somos uno, somos el mismo.
<i>Conde de Casal. Conexión con estación de autobuses. El reloj marca tic tac tic tac.</i>	Nuestros pies pisan distintos suelos, nunca nos veremos cara a cara, pero una y otra vez recorremos la misma circunferencia, cada uno los mismos puntos de la circunferencia que los demás.
<i>Pacífico trasbordo con línea 1. Seguiré tus pasos pero no me mires.</i>	Pero nunca al mismo tiempo.
<i>Méndez Álvaro conexión con RENFE e intercambiador de autobuses. El bosque aún está ahí.</i>	Si le dices algo a no de nosotros nos enteramos todos. Aunque nosotros ni siquiera nos conozcamos. Si uno de nosotros hace algo es como si todos nosotros lo hiciéramos.
<i>Legazpi trasbordo con línea 3 y conexión con autobuses. El rumor ronco de miles de gargantas.</i>	Por eso ninguno va a hacer nada que los otros no harían o nada que no quisieran que los otros supieran.
<i>Usera. La marca de tus pezones en el jersey.</i>	Que mis pies sean mis pies Que mi corazón me pertenezca. Nos pertenece.
<i>Elíptica trasbordo con línea 11 y conexión con autobuses de cercanías. Sin fin arriba abajo sin fin arriba abajo sin fin.</i>	Mi mano no obedece a mí. Nos obedece. Mi mano se mueve cuando se mueven todas las manos

Opañel. No quiero que me toques. No quiero que me toques, nunca más.

A un mismo tiempo, en todos los puntos del círculo, se alzan *nuestra mano y nuestra mano* actúan a un mismo tiempo

Oporto trasbordo con línea 5 y conexión con autobuses. Hielo resbalando en la roca. Agua entrando en la tierra. Carpetana. La ruedapisa aún más profundo. Laguna conexión con RENFE. Escúchame. Escúchame. Escúchame. Lucero. En el verde verde. Un zapato perdido. Llueve. Alto de Extremadura. No es eso. No es eso.

Por eso es doloroso que todos los días uno de nosotros tenga que desaparecer. Sentimos el momento en que eso llega. Es como un silbido que penetra dentro de nuestra cabeza. Nos preguntamos cuál de nosotros va a ser, si acaso seré yo mismo. Giramos y desandamos nuestros pasos, buscando un rincón apartado donde nadie nos vea. Nos encogemos cada uno sobre uno mismo, hechos un ovillo, esperando que llegue ese momento en que uno de nosotros nos abandona, preguntándonos si acaso seré yo mismo.

Puerta del Ángel. El brillo oculto en el fondo del vaso.

Ojalá lo fuéramos.

Príncipe Pío trasbordo con línea 10 y ramal norte y conexión con autobuses de cercanías e interprovinciales. Esas piernas. Sabría reconocerla por mucho que.

El dolor es el mismo para todos, aunque para el que se va hay una ventaja. Con la desaparición, el dolor cesa. No así para los demás, que debemos sufrir el dolor horrible de la muerte y seguir vivos.

Argüelles trasbordo con línea 4. Mierda. Mierda.

¿Por qué morir todos los días? Es un hecho de la naturaleza. Así somos.

Moncloa trasbordo con línea 3 y 4 y conexión con intercambiador de autobuses. Una vida menos peso que un día.

Pero también todos los días somos uno más. No sabemos muy bien cómo ocurre esto, pero advertimos que los pasos del que cae son ocupados por los pasos de otro. Nunca somos más o menos. Siempre somos el mismo número, siempre somos los mismos.

Ciudad Universitaria. Sí, me lo dijiste. Pero no creí que te acordaras.

Metropolitano. Miles y miles. Qué dolor. Si pudiera me tomaría más.

Recorriendo esa línea que se cierra sobre sí misma sin que nuestros caminos se crucen. Sin que sepamos nada de los demás. Sólo que vivimos en una circunferencia sin principio ni fin. Sólo que formamos una circunferencia dentro de la cual vive un círculo vacío.

Guzmán el Bueno. Si mañana quisieras. aún no sabemos si lo es

Cuatro Caminos trasbordo con línea 1 y línea 2. Dedos que marcan un pasar. no es el cielo
aún no lo es
no es el infierno

Nuevos Ministerios trasbordo con línea 10 y línea 8 conexión con cercanías RENFE. Mañana, tal vez. O por la noche. Quizá. serpiente de Midgard círculo que ciñe todas las tierras y todos los mares
Ouroboros que se alimenta de sí mismo encerrando en la cabeza la cola

Tiempo cuarto

En las calles

Unos minutos antes de la Medianoche.

(Barrugán, entre la tierra y el infierno.)

(Una larga y única pedorreta. Luz:)

Han pasado quince años y ya es casi medianoche.

Esta noche la lluvia va a limpiar algo más que las calles.

Quince años. Demasiado poco tiempo para volver a encontrarme con su risa.

Y estos minutos para la medianoche se me van a hacer eternos.

Mutter, esta vez no voy a fallar. *Mutty, mein geliebte Mütterchen*, sé que ya no confías en mí.

Que nunca has confiado en mí. Pero esta vez lo voy a lograr. Tú crees que Villacastín es mejor hombre que yo. Pero te tengo que decir que Silvia sí creía en mí.

Silvia, esta vez será la vez definitiva. Silvia, mi amada Silvia. Sé lo que quieres. Lo vas a tener. Esta vez va a ser la vez definitiva.

Mi querido Villacastín, quizá deje que me llames mi amigo, mientras hundo esta barra en tu cabeza.

No va a ser un encuentro amistoso. Sin partido de vuelta, ni ronda de penaltis. Sin más prorrogas. Espero que seas bueno. Que no huyas de mí en el último momento, que aceptes que las cosas deben tener un final.

Todo esto lo hago por ti, Silvia, allá donde estés ahora. Por ti, por el tiempo que estuvimos juntos los dos. Lo hice una vez, y lo vuelvo a hacer, todas las noches, hasta que por fin logre que al día siguiente no vuelva a aparecérseme su rostro, diciéndome que todo lo hecho la noche antes no había servido para nada.

No voy a dejar escapar ese tiempo que vivimos juntos, el tiempo escondido, nuestro tan breve tiempo secreto. Lo voy a guardar muy dentro. Nadie me lo arrancará de dentro de mi corazón. Ni *Mutter* ni Villacastín.

Ni tú misma tampoco, mi amada Silvia. ¿Hasta dónde puedo confiar en ti? Te defenderé de ti misma.

Han pasado quince años y ya casi es medianoche.

Demasiado poco tiempo para volver a encontrarme con su risa.

Con su pretendida elegancia, con su boca babosa, con su labia rastrera, con sus ínfulas de caer siempre bien a todos. Y por detrás, un monstruo agazapado esperando abalanzarse sobre su

víctima.

Pero cuenta cada segundo que pasa.

Aplastado como el Barça. Cinco a uno. ¿Cómo se atreven a volver al Bernabeu? Cinco a uno y la próxima vez serán diez a cero.

Aplastado, aplastado, aplastado.

Justicia, señor juez, justicia: su sentencia. Lloré de felicidad cuando esa cadena perpetua cayó a saco sobre el monstruo.

De por vida.

Encerrado para siempre.

La justicia de Dios habló por la boca del magistrado cuando le condenó por el incendio del instituto y por la muerte de esos muchachos. Aunque yo dirigí Su mano. Si no fuera por las pruebas que alguien, de forma secreta, en medio de un extraño misterio, remitió al fiscal, nadie podría haber pensado nunca que el honorable Villacastín fuera el responsable de lo que ya era un crimen, y no un accidente. Los libros de cuentas amañados, las facturas falsas, las cuentas corrientes con nombres inventados. Todo. Incluyendo las facturas de todas las piezas con las que había construido la bomba. Qué estúpido.

La póliza del seguro apuntaba a él con nombres y apellidos.

Único beneficiario... Una prueba contundente que yo guardé durante tiempo reservándola para el mejor momento.

Hubo justicia. Sólo hizo falta empujarla un poco.

Y más completa fue la justicia cuando empecé con Silvia una nueva vida. Seis años. Luego, todo acabó. La lloré porque comprendí entonces que la había perdido para siempre.

Han pasado nueve años desde que desapareciste de mi vida. ¿Por qué vuelvo a desconfiar de ti, mi amor?

No te enfades.

No quiero dudar. Me vas a ayudar a no dudar.

¿Entre Villacastín y tú nunca hubo nada?

Te veo, mi amada, me miras con odio y me dices si me voy a quedar de brazos cruzados. ¿Por qué eres tan dura conmigo? Estate tranquila. No voy a quedarme quieto.

Te juro que no será así, que acabaré con él, para siempre, hasta barrer su memoria de encima de la tierra. Ese monstruo que me ha hecho dudar de ti. Ésa es su mayor culpa.

¿Por qué lo habéis soltado? ¿Es que ya no hay justicia?

Su rastro. Lo siento. Por dónde. Aquí no. Aquí... no. Aquí. Aquí está, lo huelo. Ha pasado por aquí no hace mucho. Si ha seguido caminando sobre la acera, podré alcanzarlo. Pegaré bien mi nariz a la tierra. Si ha seguido caminando sobre la tierra. Si no se ha escondido bajo tierra.

¿Quién me puede ayudar en mi misión solitaria? ¿Quién me va a anudar la cuerda al cuello?

No presentaré más acusaciones. Sólo hacer valer las ya presentadas.

¿Quieren más pruebas?

Murieron ocho muchachos. ¿Eso les vale? ¿Qué mas quieren? ¿No les valen sus cuerpos carbonizados?

Se ríen. También el verdadero culpable se ríe. Mírenlo. ¿No lo escuchan? Esa risa que me persigue es mi condena.

Yo no he dicho nada. Yo no he movido ni un dedo contra él. Las pruebas están ahí. Sobre la mesa. Si quieren más pruebas, más datos, se los puedo proporcionar. Incluso, crear otras nuevas. Lo que ustedes necesiten.

Son buenas, auténticas, cumplirán todos los requisitos legales. ¿Quieren más?

¿Qué más quieren?

Sí, sí, yo. Benito, Barrugán, sí, el idiota de Benito. Sí.

Die susses Fischechen.

Yo.

Yo quemé el instituto. Por mi mano murieron ocho muchachos. ¿Eso les vale? ¿Qué más? No hubiera cambiado nada. Si yo no lo hubiera hecho, su mano hubiera encendido la mecha. En el sótano descubrí que todo estaba preparado. Él hubiera hecho estallar todo no en un sábado, cuando no hubiera nadie, o casi nadie, sino un día en que el Instituto estuviera repleto; profesores, alumnos, personal laboral, incluso una junta de la A. M. P. A. La prima del seguro era más cuantiosa en ese caso.

Señores, aguantaré sus golpes sin doblegarme.

Señora, puede insultarme, puede escupirme, pero eso no me hará mejor.

Eso no cambiará ni un segundo del pasado.

Lo que hice, hecho está.

Ya, ¿no?

Hecho.

Ya lo he dicho, ¿no?

¿No?

Aplausos.

No me arrepiento de nada. De nada.

Más aplausos.

Todo para que Silvia fuera feliz. Silvia. (Mi rodilla de cristal.)

Era una mañana de un luminoso sábado de marzo.

Entré por la puerta de atrás del instituto. Subí en silencio y comprobé que Villacastín estaba dentro, en su despacho, con sus *actividades* de siempre. Bajé al sótano. Ahí estaba todo preparado, esperando el día en que él activara el mecanismo. Pero fui yo, no él, el que lo hizo y fue en ese sábado. En silencio, apreté primero el botón verde, luego el botón amarillo y finalmente los dos a un tiempo. La cuenta atrás se puso en marcha. Ya nada podría detenerlo. Fui caminando lentamente hacia la salida. Intentando amortiguar el sonido de mis pasos en los pasillos vacíos, en las escaleras desiertas. Cuando vi la puerta respiré. Salí del instituto y entré en el coche. Refugiado en su interior, sólo me faltaba esperar. Bum-bum.

¿Qué hacías ahí, Silvia? ¿A qué habías ido un sábado al instituto? No tendrías que haber estado allí. No, no. Se había olvidado de algo, seguro. Papeles. Exámenes. Los fines de semana son buenos para corregir exámenes. Algún trabajo pendiente. No iba a verlo a él. Era imposible que supiera que Villacastín estaba allí. ¿No es así?

¿Para qué ir al instituto un sábado?

Ella se alza frente a mí y me clava la mirada, los brazos cruzados. Y me dice: *¿Para qué crees tú? ¿No te basta mi palabra? Traicionarías hasta a tu madre. Hasta a mí.*

Aún estuve un buen rato en el coche, intentando buscar la explicación en sus ojos, en su forma de entrar en el instituto. Aún estuve un rato con la mirada fija en la puerta vacía.

Pero los segundos, los minutos, empezaron a correr.

Seguí sus pasos. Un pasillo, otro pasillo, otro. El repiqueteo de sus tacones, *click clack click clack*. Al dar la vuelta a la esquina, ella no estaba. Un pasillo, otro. Los segundos pasaban, los minutos se evaporaban. *Click clack*. ¿Dónde estaba? *Tic tac tic tac*.

Nada.

Subí, doblé a la izquierda, torcí a la derecha, bajé, volví a subir. Izquierda, arriba, derecha, recto, abajo. Arriba de nuevo.

Oí ruidos abajo.

Había luz en el gimnasio. ¿Era Silvia la que estaba allí?

Me acerqué en silencio y lentamente abrí la puerta.

No, no era ella la que estaba allí. Ellos tampoco deberían estar allí. Y menos haciendo lo que hacían. SE-XO. Media docena de golfos, y un par de putillas. Pueden imaginarse. Porros,

botellón, SE-XO. Les grité que se fueran, que corrían un gran peligro. Pero se rieron de mí y siguieron con su orgía de cuerpos revueltos y babas y fluidos mezclándose sobre sus carnes revueltas.

Que alguien haga que estos niños dejen de reírse. Desalójelos. Niños, fuera. Fuera de aquí, fuera. No molestéis. El juez debe tomar nota ahora. No lo distraigáis.

¿Las pruebas? ¿Los alegatos? ¿La defensa? Creo que lo tenía aquí. En este bolsillo... Era es este pantalón, creo...

Unos ojos azules, unos ojos con una lágrima de mar en su interior.

El dedo escribe y escribe. Ni una ni todas las lágrimas. Ni tú ni yo. Nada puede conmoverlo. El dedo escribe. Ya está todo hecho.

Se reían.

Los empujé hacia la salida. Se reían, ninguno se movía. Era asqueroso tocarlos. Hice todo lo posible. Empujé a un par de ellos y por la fuerza intenté arrastrarlos fuera. Me vi rodeado de una nube de brazos, manos, puños, manos. Ésa era la recompensa. Una lluvia de golpes. Eso era lo que me merecía.

Nada.

El pago por intentar salvarlos. Risas. Más y más fuertes. Vergüenza. Uno intentó mearme encima. Las putas se reían, con sus sexos enrojecidos bien abiertos.

Salí corriendo. Para qué perder más tiempo. Ojalá el fuego acabara con ellos, se lo tenían merecido. Sí, eso es lo que pensé entonces. Ojalá el fuego limpie lo que es imposible limpiar de otra manera. Eso es lo que siempre he pensado.

Lo único importante era Silvia. ¿Por qué llegué a detenerme y perder el tiempo con esa chusma? Un tiempo demasiado precioso para mí y para Silvia.

¿Dónde estaba ella ahora? ¿Arriba o abajo? ¿A la izquierda? No. A la derecha. No, sí. A la izquierda. Otra vez, otro pasillo, otra vez, nada. ¿Dónde estás, Silvia? ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

El tiempo se acaba.

Dímelo. Dímelo ya.

Yo quiero creer en ti.

El tiempo se acaba.

Llegué al despacho de Villacastín. No estaba solo.

El tiempo se acabó.

Bum. ¿Lo habéis oído? Bum. Un estallido sordo. Y en ese mismo momento el humo recorrió todos los pasillos, llenó todas las habitaciones, emponzoñó el aire del instituto. Y tras él, el fuego.

Según subía por todos los huecos del edificio, el fuego me hablaba preguntándome: *¿Realmente aún crees a esa mujer?* Recorría todos los pasillos gritándome: *Entrégamela. No se merece otra cosa.* Todavía esperaba descubrirla en algún pasillo, en algún aula, antes de llegar al despacho, y rezaba para que ella estuviera no allí. El fuego se reía mientras con sus caricias destruía el instituto.

Abrí la puerta del despacho y ahí estaba Villacastín con los pantalones bajados. Sucio, todo sucio. Su cara congelada en un gesto repugnante. La boca abierta con su sonrisa más encantadora... tan encantadora como la de un sapo. La baba resbalaba por la comisura de sus labios, su geta era una máscara deforme.

Silvia estaba allí.

Abrí la puerta y dejé al fuego entrar en el despacho de Villacastín.

Silvia gritaba.

El fuego entró sin perder un segundo. Había mucho trabajo que hacer.

Si no hubiera abierto la puerta...

Si yo no hubiera abierto la puerta, él no hubiera alcanzado a encontrar la salida, y se hubiera quedado ahí hasta el final, consumiéndose en el infierno que él mismo había diseñado.

Tanteé en la habitación llena de humo. A palpas, encontré el cuerpo de ella. La cogí e intenté sacarla de allí. El humo se había posesionado del aire, y era imposible respirar.

En ese caos, sentí que algo me empujaba, en dirección a la puerta. Su sonrisa. *Adiós amigo, adiós.*

Pero en ese momento, sólo pensaba en salvarla. El aire era puro veneno y mi piel se levantaba quemada. Intentaba reanimar a Silvia y que se incorporara. Pero algo parecía tirar de ella hacia abajo, hacia abajo.

Las llamas subieron por mi cuerpo y entonces comprendí que si seguía allí por un segundo más todo habría sido para nada.

Es el momento: Silvia, no tengo ninguna duda sobre ti.

Lo digo ahora, delante de todo el mundo: no tengo ninguna duda sobre ti, ni ahora ni entonces, en ese cuarto lleno de humo, con tu cuerpo inerte besado por el fuego, acariciado por las llamas.

Si la tuviera, ¿para qué haberte seguido? ¿Para qué impedir lo que parecía inevitable?

¿Para qué amarte?

Silvia me amaba a mí. Nunca tuvo nada que ver con ese hombre ni con nadie.

Silvia era mía.

Y yo era y sería siempre todo yo para Silvia.

Villacastín se escapó del fuego, pero no fue lo bastante rápido para escapar de mí. Benito supo actuar a tiempo. No habían pasado unas horas cuando lo detuvieron.

Lo denuncié, sí. Alcanzaron a detenerle cuando intentaba salir de la ciudad. No le sirvió de nada.

Era uno de esos casos tan claros, que cuando le encarcelaron todo el mundo sabía que no volvería a salir a la calle nunca: toda su vida transcurriría de ahora en adelante tras unas rejas.

Entonces aporté todas las pruebas que tan pacientemente había ido acumulando. Nadie me preguntó la causa de mis quemaduras. Todos estaban horrorizados por el incendio del Instituto y la sociedad necesitaba un culpable. Yo tenía todo preparado para servírselo en bandeja. Como un cochinito, sólo faltaba colocarle una manzana en la boca.

COCHINITO ASADO

Se debe escoger un animalito joven (de mes y medio, más o menos). Se limpia por dentro y se corta en dos partes a lo largo. Se sala muy bien varias horas antes de asarlo. Se le mete en el interior un buen pellizco de hierbas aromáticas y se unta por dentro y por fuera con un poco de aceite. Se mete en el horno previamente calentado unos diez minutos antes y a fuego más bien flojo. Se rocía de vez en cuando con el jugo que va soltando y se le da la vuelta de vez en cuando. Se tiene así durante hora y media. Pasado este tiempo, se rocía por la parte de la piel con un vaso de vino blanco. Se rocía con la salsa de vez en cuando y, al estar la salsa casi consumida, se sirve trinchado en trozos grandes. Lo clásico es asar el cochinito en un horno de pan; resulta mucho mejor que hecho en casa, pero es más complicado de lograr, por lo cual damos este método.

¿Traición? ¿Quién me llamará traidor por hacer lo que hice?

¿Los muchachos? Naturalmente, no podían haber escapado. Ni siquiera se oyeron sus gritos. Una buena muerte, la muerte blanca. Pero eso no me era lo que más me preocupaba. Realmente, ¿a quién le interesa su sufrimiento? Sólo eran seis golfillos y dos putillas que se escondían para aparearse como animales. ¿Alguien daría algo por esa basura?

Si yo no hubiera desbaratado los planes de Villacastín todos estaríamos muertos ahora.

Muertos como Silvia.

Muertos como mi madre.

Muertos como yo.

Aún me persigue la sombra del monstruo. Y tengo que acabar con ella, una vez más.

Es el precio que tengo que pagar para que ella sea mía.

Bajar al Metro y encontrármelo escondiéndose tras otra cara, a veces en la forma de otro hombre, otras de mujer, o de muchacho. Su desvergüenza no conoce límites.

Ahora lo importante es burlar a los vigilantes. Buscar entre todas las bocas de Metro hasta encontrar la más adecuada. Atravesar sus puertas escapando a sus miradas. Que las cámaras no capten a dónde me llevan mis pasos. Cruzar corriendo los largos pasillos y esconderme en los túneles. Hasta encontrarlo en algún andén, creyendo que esta vez no le descubriré bajo su nueva forma.

Pero reconoceré su risa por mucho que se esconda.

Cariño, fueron seis años imposibles. Pero tan hermosos. Te tuve durante ese tiempo que pasó como un día, como una mañana, como la hora que transcurre desde que rompe el amanecer hasta que por fin el sol se alza tras el horizonte. Mi amor, nunca me dejaste que te llamara mi amor. Te tomaba la mano y llevaba los pequeños, finos dedos, tan delicados, a mi boca. Me gustaba sentir tus dedos moverse dentro de mi boca. Rascarme la lengua, arañarme en el interior de la mejillas. Sentir mi piel arrancada metiéndose entre tus dedos y tus uñas. Esos días de persianas bajadas, recorriendo el silencio de tu cuerpo. Saboreándote como el mejor manjar. El más delicado. El más fuerte. El más nutritivo. Alimentarme de tu cuerpo. Beber de tu cuerpo. Sí, ese tiempo aún dura en mí. Y al tenerlo aún te tengo conmigo. Con Barrugán, con el tonto de Benito, con ese pobre desgraciado, con este pobre desgraciado, con *Meine susses Fischechen*. Soy tan feliz. El ser más feliz del Universo.

Te quiero.

Voy a entrar en el Metro.

Voy a entrar en el Metro.

Llevo conmigo tus ojos, unos ojos azules, unos ojos con una lágrima de mar en su interior.

Voy a acabar con Villacastín.

¿Lograré que su rostro no se borre del rostro que va a caer a mis pies?

Línea 8. Más allá

una Legión a la que no tú ves
nos movemos por donde tú te mueves
nos movemos por donde tú pero no nos ves
hasta que un día nos Encuentres.

Dos ojos ennegrecidos chocan contra la roca negra.

Mientras tú duermes.

La oruga monstruosa se retuerce en el vientre de la ciudad.

Abre su boca, mueve sus dientes de metal, machaca la tierra, insensible al desprecio. Orada miles de kilómetros, agujerea el cuerpo de piedra de la ciudad. Cierra los ojos blancos y descansa.

De su sueño de muerte, nacen los amaneceres de la ciudad.